

Presentación

En el Consejo Europeo de Lisboa de marzo de 2000, los jefes de Estado y de Gobierno de los 15 países que entonces formaban la Unión Europea proclamaron un ambicioso objetivo para la primera década del siglo XXI: convertir a Europa en la economía más competitiva y dinámica del mundo, no sólo capaz de crecer sino de hacerlo también de manera sostenible, con más y mejores empleos y con una mayor cohesión social. Hoy, a punto de cumplirse la mitad del plazo establecido, el presidente de la Comisión Europea ya ha decidido actualizar la estrategia fijada hace cinco años, rebajando la ambición de sus metas y desprendiéndola del carácter utópico con que entonces se definió.

En el tiempo transcurrido desde marzo de 2000, los resultados económicos de la Unión Europea no han estado a la altura de lo deseado, tanto si se valoran de acuerdo a los propios objetivos de la Agenda de Lisboa como si se comparan con los resultados del que es nuestro gran referente, la economía de los Estados Unidos. El PIB europeo

ha crecido a ritmos inferiores al estadounidense, incluso si se mide en términos per cápita para así tener en cuenta el mayor crecimiento de la población estadounidense. Las tasas de actividad y ocupación en Europa se están rezagando cada vez más con respecto a los valores que esos indicadores alcanzan en EE.UU. Este mal comportamiento del mercado de trabajo ha hecho abandonar el objetivo del 70% que se estableció para la tasa de ocupación europea. Asimismo, la evolución reciente de la productividad en Europa ha sido insatisfactoria, con un aumento claramente inferior al experimentado en los EE.UU. Por último, aunque no por ello menos importante, el grado de penetración e importancia económica de las TIC en la Unión Europea es menor que en EE.UU., e inferior al que debe exigirse de una economía que pretende basar su competitividad en el conocimiento.

Hay quienes prefieren hacer una lectura benevolente de toda la evidencia anterior. Según su argumentación, el menor nivel relativo de renta per cápita de Europa no es necesariamente un motivo de preocupación serio, ya que el PIB per cápita no mide con precisión el nivel real de bienestar, al no incorporar aspectos relevantes como el valor que los europeos dan a sus niveles crecientes de ocio, la cobertura que de determinadas necesidades ofrece al europeo su Estado del Bienestar o el mayor grado de equidad que éste permite alcanzar en la distribución de la renta. Este argumento tampoco está libre de críticas. La reducción en la jornada laboral europea frente a la estadounidense probablemente responda, en parte, a la mayor valo-

ración relativa del ocio por parte de los europeos, pero, sin duda, es también el resultado de las restricciones con que funcionan los mercados laborales en Europa. La supuesta carencia o mala calidad de los servicios sanitarios y educativos en los EE.UU. no es tal en realidad, sino que, simplemente, difiere el modo de la provisión que en EE.UU. se hace de dichos servicios, combinando financiación privada y pública en proporciones más igualadas que en Europa, donde predomina lo público. Una lectura superficial de la información estadística tal vez lleve a afirmar, en un primer momento, que la sociedad estadounidense presenta mayores desigualdades económicas, pero un análisis más riguroso de los datos, que otorgue mayor sentido a las comparaciones EE.UU. - Europa, pone en duda que la sociedad estadounidense sufra tanta desigualdad como algunos creen.

Sea como fuere, lo cierto es que el bajo crecimiento de la economía europea ralentiza también el ritmo al que se crea empleo, lo que incrementa el coste de mantener el Estado de Bienestar. La respuesta habitual es ejercer una fuerte presión fiscal que tiende a reducir la competitividad de la economía, generándose, de este modo, un círculo vicioso que hay que romper. Varios fenómenos hacen en la actualidad más necesaria que nunca la adopción de medidas. El primero de ellos es el cambio demográfico que Europa viene experimentando desde hace años. Las tasas de natalidad han caído a mínimos históricos y la esperanza de vida se alarga, con un envejecimiento continuo de la población que incrementa las necesidades de gasto público y supone una reducción del crecimiento potencial. El factor

demográfico juega, de esta manera, en contra de los intereses de Europa.

El segundo fenómeno es el de la ampliación, que inevitablemente incrementa las desigualdades internas por las grandes diferencias existentes en instituciones, infraestructuras y condiciones macroeconómicas, por citar sólo algunas. La Unión Europea cuenta desde el año 2004 con 25 miembros, que no tardarán en ser 27 y, a plazo más largo, llegar a 28 si Turquía cumple los requisitos para hacerse con la condición de miembro. Sólo un mayor crecimiento podrá evitar que la Unión ampliada vea incrementadas las tensiones políticas, sociales y económicas en su seno.

La solución a los problemas de la economía europea pasa por hacer de ésta un entorno más dinámico y competitivo, lo que exige el compromiso de todos los gobiernos implicados, pues conlleva ciertos sacrificios ineludibles en toda reforma como la que se requiere en nuestro caso. Una reforma que ha de centrarse en dos ámbitos: el Estado de Bienestar y la flexibilidad de los mercados.

La reforma del Estado de Bienestar no ha de interpretarse como una renuncia al modelo de economía social de mercado imperante en Europa, sino como una reorganización y racionalización del mismo. En primer lugar, porque es difícil hablar del modelo europeo cuando existe una gran diversidad de modelos europeos. En segundo lugar, porque la experiencia de algunos países de la Unión —Finlandia o Suecia, por ejemplo— demuestra que es posible conju-

gar economía social de mercado y competitividad. Pero eso resultará imposible si previamente no se acomete la supresión de todas aquellas regulaciones que dificultan un funcionamiento más flexible —y por tanto más eficiente— de los mercados europeos, en especial de los mercados laborales. Hoy por hoy, no es posible hablar con propiedad de Europa como una sola economía, ya que, en realidad, la denominada economía europea es el resultado de agregar economías nacionales segmentadas y muy distintas entre sí. En este sentido, el gran reto pendiente es acabar con las barreras que en Europa siguen impidiendo la constitución de un auténtico mercado único y el aprovechamiento de todo el potencial asociado al mismo.

El lector encontrará en el Libro Marrón de este año las colaboraciones que sobre el tema «Europa - Estados Unidos: flexibilidad, crecimiento y bienestar» ha realizado un amplio y distinguido elenco de autores. La diversidad de enfoques y puntos de vista con que tratan el tema general, permite un conocimiento más profundo de los principales problemas y alternativas que se presentan a la economía europea para alcanzar mayores niveles de crecimiento y prosperidad. Permite también una mejor comprensión tanto de los aspectos sustanciales en que difieren las economías europea y estadounidense, como del modo en que el funcionamiento del modelo norteamericano puede servir de guía en las reformas a emprender en el viejo continente.

Un año más, el Círculo agradece las valiosas colaboraciones de los autores y, muy en especial, el patrocinio de este libro por parte del BBVA.